

SANTIAGO PETSCHEN

## LA SANTA SEDE Y EL FENOMENO DEL NACIONALISMO

La Iglesia Católica cuenta en su haber con una notable experiencia acerca de cómo organizar transnacionalmente a la sociedad. La práctica de dicha construcción la ha ejercitado a través de numerosas acciones de dirección de comunidades y de adaptación a muchas variedades de pueblos en la geografía y en el tiempo. La concepción aparece en la elaboración de una doctrina que pretende la aplicación de los principios evangélicos a situaciones concretas de la vida social entre cuyas parcelas se halla también, evidentemente, la internacional. Es lo que se conoce con el nombre de doctrina social de la Iglesia que tiene ya una larga historia.

Esta acción y esta concepción son de considerable envergadura. Citemos solamente uno de los principios que goza de reconocimiento en el mundo de hoy: el principio de subsidiariedad cada vez más repetido en textos fundamentales de la Comunidad Europea, que tiene su origen en la Encíclica *Quadragesimo anno* de Pío XI. Un principio por el que la sociedad debe organizarse de acuerdo con una escala formada a partir de las posibilidades del individuo y de los grupos sobre la base de lo que son naturalmente capaces de hacer, asumiendo unas competencias propias de seres humanos en aquellas cuestiones que les afectan.

En el tema del nacionalismo la Iglesia Católica ha enunciado unos principios parecidos. El libro de Christine Alix —posteriormente llamada Christine de Montclos—, *Le Saint Siège et les nationalismes en Europe*<sup>1</sup>, nos da a conocer que este tipo de particular atención de la Iglesia

---

<sup>1</sup> CHRISTINE ALIX, *Le Saint-Siège et les nationalismes en Europe, 1870-1960*, Ed. Sirey, París 1962.

a la cuestión del nacionalismo viene de bastante atrás y, en líneas generales, se confunde con su forma habitual de proceder en la acción pastoral a través de la historia.

Sin embargo, teniendo a la vista los datos y documentos de Juan Pablo II podemos decir sin ningún tipo de dudas que es éste un tema especialmente grato al actual Pontífice. Un tema sobre el que ha desarrollado un pensamiento de mucho interés adelantándose, con unos cuantos años de anticipación, a lo que tenía que producirse tras la caída del sistema comunista y sintonizando con un campo de investigación muy en boga en nuestros días.

Para destacar la importancia del fenómeno del nacionalismo hoy, de características diversas al de otros tiempos, vamos a fijar nuestra atención en estos cuatro aspectos:

1. La gran cantidad de obras producidas actualmente acerca del fenómeno del nacionalismo. Nombres como los de Smith<sup>2</sup>, Breuilly<sup>3</sup>, Gellner<sup>4</sup> y Hobsbawn<sup>5</sup> —por citar sólo a los que han sido traducidos al castellano—, se refieren a una serie de autores de libros bien conocidos por los estudiosos de la cuestión.

2. Otro aspecto que debe destacarse —de carácter antropológico— es la tendencia de nuestros días a reaccionar contra el exceso de uniformidad y de estandarización de la vida humana. Ello ha sido la causa de que los hombres se interesen por dar una preferencia en la escala de sus valores íntimos a lo que distingue y personaliza a los diversos pueblos.

Un autor como Jean Fourastié formula así el fenómeno: «En nuestros días, el deseo profundo es conservar un pequeño resto de esta originalidad y de esta personalidad locales sin las que el mundo se volvería un tedio fundamental extendiéndose de París a San Francisco y de San Francisco a Calcuta. La diversidad y el contraste siempre son necesarios a los hombres sobre el planeta para definirse y para profundizar»<sup>6</sup>. Y Vlad Constantinesco lo expresa de forma semejante: «... el localismo y el regionalismo constituyen los contrapuntos frente al vértigo producido por los espacios desmedidos»<sup>7</sup>.

<sup>2</sup> ANTHONY D. SMITH, *Las teorías del nacionalismo*, Ed. Península, Barcelona 1976.

<sup>3</sup> JOHN BREUILLY, *Nacionalismo y Estado*, Ed. Pomares-Corredor, Barcelona 1990.

<sup>4</sup> ERNEST GELLNER, *Cultura, Identidad y Política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Gedisa Ed., Barcelona 1989; ERNEST GELLNER, *Naciones y nacionalismo*, Alianza Ed., Madrid 1988.

<sup>5</sup> E. J. HOBBSAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Ed. Crítica, Barcelona 1991.

<sup>6</sup> JEAN FOURASTIÉ, *L'Organisation departamentale et communale. L'épreuve du XX ème siècle*, París 1966.

<sup>7</sup> VLAD CONSTANTINESCO, *Comunidades Europeas, Estados Regiones: el impacto*

Algún autor incluso se ha mostrado preocupado por los aspectos exagerados de la afirmación de tal contraste. Así ha escrito hace poco Dahrendorf: «Proceso extraño e inquietante que se puede describir como el retorno a las tribus, a la existencia tribal. Las personas no pueden o no quieren soportar la vida en comunidades heterogéneas; buscan a sus semejantes y a ser posible sólo a éstos»<sup>8</sup>.

Un reciente estudio sobre la juventud vasca nos descubre cómo ha aumentado en los últimos años el sentimiento de la pertenencia local. El informe sociológico sobre comportamientos, actitudes y valores de la juventud vasca actual y de su evolución en los últimos cuatro años, titulado *Jóvenes vascos 1990*, llega a esta conclusión:

«Interesante conclusión ligera pero significativa, la registrada en cuanto a la agrupación geográfica que el joven vasco dice que pertenece. El año 1986 se decía en primer lugar ciudadano de Euskadi y después de la localidad donde vive, y ya en proporciones muy inferiores ciudadano del mundo entero (menos que en 1986), y ciudadano de Europa (más que en 1986), por este orden. El nacionalismo se ha hecho más localista, más íntimo, más cercano, menos universalista, lo que concuerda con los valores dominantes de la juventud que se van desplazando hacia lo personal, íntimo, reducido, cotidiano, pragmático, ... *light*»<sup>9</sup>.

3. Otro aspecto de interés que quiero destacar es la resultante del estudio realizado por Naisbitt y Aburdene en su libro *Megatrends 2000*. Con el método de introducir en el ordenador numerosísimos datos obtenidos por distintas vías, dichos autores destacan las diez tendencias que creen van a caracterizar a la década de los noventa. Una de las diez, la que corresponde al capítulo IV del libro, es la bautizada con el nombre de nacionalismo cultural<sup>10</sup>.

4. Una última faceta a tener en cuenta es la contemplación de la realidad de nuestros días: la partición de la antigua Unión Soviética y de la ya fenecida Yugoslavia y la persistencia de aspiraciones de numerosos pueblos: armenios, transilvanos, eslovacos, etc., parecidas a las que tuvieron los que son hoy Estados soberanos e independientes.

---

*de las estructuras descentralizadas o federales del Estado en la construcción comunitaria*: Revista de Instituciones Europeas, vol. 16, núm. 1, enero-abril 1988.

<sup>8</sup> RALF DAHRENDORF, *¿Una Europa de las Regiones?*: El País, 1 de octubre de 1991. Temas de nuestra época, p. 2.

<sup>9</sup> EUSKO JAURLARITZA-GOBIERNO VASCO, *Jóvenes vascos 1990*, Deiker-Universidad de Deusto, San Sebastián 1990, p. 558.

<sup>10</sup> JOHN NAISBITT y PATRICIA ABURDENE, *Megatrends 2000*, William Morrow and Company, Inc., New York 1990, IV «Global Lifestyles and Cultural Nationalism», p. 118s.

Ante este panorama tan rico de obra científica, de vivencias antropológicas y de realidades internacionales, ¿cuál es el pensamiento y la postura de la Santa Sede durante el Pontificado de Juan Pablo II? ¿Cuál es en concreto el pensamiento que manifiesta el propio Papa Woytila?

## EL PENSAMIENTO DE JUAN PABLO II

En primer lugar hemos de manifestar que el pensamiento de Juan Pablo II sobre el nacionalismo, aunque tiene rasgos comunes con el de sus predecesores, es un pensamiento de cierta originalidad que lleva consigo unas connotaciones vitales muy propias del actual Pontífice.

Con respecto al pensamiento tradicional de los Pontífices se encuentra también en los predecesores de Juan Pablo II la aceptación por parte de la Iglesia de las distintas culturas de los pueblos. La valoración de las distintas lenguas y de los elementos culturales de los mismos. Una bella cita de la Encíclica *Slavorum Apostoli*, fechada el 2 de junio de 1985, nos puede servir de entronque con la práctica habitual de la Iglesia de adaptarse a las culturas y tradiciones de los diversos pueblos. Dice así el Papa Woytila refiriéndose a la acción de los Santos Cirilo y Metodio:

«no impusieron a los pueblos cuya evangelización les encomendaron, ni siquiera la indiscutible superioridad de la lengua griega y de la cultura bizantina, o los usos y comportamientos de la sociedad más avanzada, en la que ellos habían crecido y que necesariamente seguían siendo parte ellos familiares y queridos. ... adaptaron a la lengua eslava los textos ricos y refinados de la liturgia bizantina, y adecuaron a la mentalidad y a las costumbres de los nuevos pueblos las elaboraciones sutiles y complejas del derecho grecorromano»<sup>11</sup>.

Otra característica típica de la doctrina de la Iglesia sobre las cuestiones nacionales es que junto a la exigencia de respetar el derecho, aparece también la insistencia en el cumplimiento de las propias obligaciones. Este doble aspecto, no por consecuente, se encuentra siempre asentado en las relaciones humanas. Concretamente, en lo referente a las minorías nacionales, lo más frecuente de los manifiestos es la firme reclamación de los derechos y la ausencia del recuerdo de los deberes. En este sentido destaco como algo propio de la doctrina de la Iglesia, el evitar el olvido de esta segunda parte indicadora de altura moral y ele-

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Slavorum Apostoli*, núm. 13, Ed. Paulinas, Madrid 1985, p. 27 y 28.

vacación de miras. Es la postura en la que se coloca la Iglesia a la hora de elaborar una pauta para la conducta humana. Juan XXIII, en su Encíclica *Pacem in Terris*, formulaba así esta exigencia a las minorías étnicas:

«Hay que advertir, sin embargo, que esas minorías étnicas, bien por la situación que tienen que soportar a disgusto, bien por la presión de los recuerdos históricos, propenden muchas veces a exaltar más de lo debido sus características raciales propias, hasta el punto de anteponerlas a los valores comunes propios de todos los hombres, como si el bien de la entera familia humana hubiese de subordinarse al bien de una estirpe. Lo razonable, en cambio, es que tales grupos étnicos reconozcan también las ventajas que su actual situación les ofrece, ya que contribuye no poco a su perfeccionamiento humano el contacto diario con los ciudadanos de una cultura distinta, cuyos valores propios puedan ir así poco a poco asimilando. Esta asimilación sólo podrá lograrse cuando las minorías se decidan a participar amistosamente en los usos y tradiciones de los pueblos que las circundan; pero no podrá alcanzarse si las minorías fomentan los mutuos roces, que acarrearán daños innumerables y retrasan el progreso civil de las naciones»<sup>12</sup>.

Esta doble exigencia se halla también en Juan Pablo II, sobre todo en lo que se refiere a la conciliación de los dos extremos, en cierto sentido opuestos, pero también complementarios: el respeto a lo particular y la inserción en lo universal. Más adelante veremos cómo conjuga el actual Pontífice esta doble tendencia. En la teoría de una manera más clara. En la práctica de una forma que lleva a veces al nacimiento de tensiones, pero que indica siempre el intento de un equilibrio entre lo concreto y lo general. A la exposición y valoración de diversos casos dedicaremos la última parte de nuestra exposición.

Esta igualdad de doctrina en cuanto a las líneas generales no impide que en el pensamiento pontificio haya una parte que contenga matices diversos cuando su elaboración se ha producido en pontificados separados por el tiempo y caracterizados por las incidencias que lleva consigo el cambio de personas. Así, por ejemplo, en las dos cuestiones a las que antes hicimos referencia el matiz propio de Juan Pablo II es el destacar que la actuación de Cirilo y Metodio no tuvo solamente una motivación de adaptación para inculcar la fe. Hay en el Papa Woytila algo más que queda patentemente resaltado: que la cultura de una comunidad debe ser aceptada como exigencia de su propia dignidad de pueblo. Por ello, al principio de la Encíclica antes citada, *Slavorum Apostoli*, Juan Pablo II habla del «respeto a la dignidad intrínseca de

<sup>12</sup> JUAN XXIII, *Pacem in Terris*, núm. 97, 11 de abril de 1963.

cada nación», independientemente de las necesidades concretas que pudieran darse. Y aunque en aquellos momentos el esfuerzo de universalidad era un hecho muy constatable, dado que «el cristianismo occidental había amalgamado los grupos étnicos llegados con las poblaciones latinas residentes, extendiendo a todos, con la intención de unirlos, la lengua, la liturgia y la cultura latinas transmitidas por la Iglesia de Roma», los Santos Cirilo y Metodio evitaron que la diversidad fuera considerada «como amenaza a una unidad todavía *in fieri*» y rechazaron «la tentación de eliminarla recurriendo a formas de coacción»<sup>13</sup>.

Esta tendencia a primar los aspectos particulares, propia de Juan Pablo II, aparece también en la segunda cuestión a la que antes hicimos referencia. El equilibrio a lograr entre la minoría y la mayoría se vuelve en Juan Pablo II favorable a la primera, como queriendo buscar un contrapeso a la injusticia que normalmente suele cebarse en ella. Por eso, el derecho de las minorías está en este Pontífice más resaltado que el deber.

Más importante es todavía el pensamiento de Juan Pablo II sobre el hecho nacional, diverso del de sus predecesores Pío XII y Pablo VI. Al tratar de la unidad de Europa, Pío XII defendió como ideal el establecimiento de una unidad jurídica que fuera superadora de los egoísmos de las naciones. Conectó de esa forma con la tendencia federalista, deseando claramente, en nombre del bien común, la superación de las soberanías nacionales.

Pablo VI adoptó otra postura distinta: la de mostrarse muy reservado al tratar el tema de la supranacionalidad. Ante la realización de una Unión Europea, el Papa Montini no optó por ninguna fórmula final. En alguna ocasión dio a entender que tal opción en su tiempo no resultaba fácil de hacer. Ante los participantes a la Conferencia Europea de Telecomunicaciones en abril de 1967, dijo: «Europa será vivida, si así puede decirse, antes de ser definida.» Sus esfuerzos fueron dedicados más bien a subrayar el valor de las acciones dirigidas a formar la conciencia europea.

Lo nuevo de Juan Pablo II en la concepción del orden internacional es su insistencia en la valoración del hecho nacional. La nación ocupa en su cuerpo doctrinal un lugar central: «No se puede comprender al hombre —dijo en la homilía de la plaza de la Victoria en Varsovia el 2 de junio de 1979— fuera de esta comunidad que es la nación, que no es que sea, naturalmente, la única comunidad. Es, sin embargo, una comunidad especial, acaso la más íntimamente ligada a la familia, la más importante para la historia espiritual del hombre.» Un año más tarde,

<sup>13</sup> JUAN PABLO II, *Slavorum Apostoli*, núm. 12, o.c., p. 27.

el 2 de junio de 1980, en el que Chenuaux llama el gran discurso de la UNESCO, Juan Pablo II profundizó más en su concepción de la nación: «La nación es... la gran comunidad de hombres que están unidos por lazos diversos, pero sobre todo por la cultura. La noción existe por la cultura y para la cultura, y así ella es la gran educadora de los hombres... Es la comunidad que posee una historia que sobrepasa la historia del individuo y de la familia.» Como consecuencia de ello, Woytila exaltó audazmente «la soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura». Y urgió a sus dirigentes a protegerla «como a la niña de sus ojos para el futuro de la gran familia humana».

Una concepción así es la exigida por Juan Pablo II para ser aplicada en el mundo de hoy, superando las situaciones de opresión todavía presentes. En el discurso de la UNESCO siguió diciendo:

«¿No hay en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una maravillosa soberanía histórica proveniente de su cultura y que, sin embargo, se ven privadas de su plena soberanía? ¿No es este un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época cuando tan urgente es eliminar los restos del colonialismo?»<sup>14</sup>.

De particular interés puede ser profundizar un poco en el concepto de soberanía utilizado por el Papa repetidas veces. No se trata, evidentemente, de la soberanía individualista como característica esencial del Estado, unidad política que se forma en la Humanidad en el Renacimiento. Se trata más bien de una soberanía fundamental, que no excluye, sino que necesariamente integra la fluida intercompentetración con las otras naciones de una forma semejante a como se intercompentetrán los miembros de una familia sin renunciar por ello a su dignidad básica de personas. Una intercompentetración de pueblos así es la que Woytila desea para la unión europea. En el discurso que pronunció el 24 de marzo de 1984 con motivo de la celebración del V Centenario de Lutero, Juan Pablo II utilizó la imagen de «la casa común europea» para darle una dimensión de intercompentetración hablando de construir conjuntamente «la casa de los pueblos europeos»<sup>15</sup>, concepto de diversas interpretaciones a las que ha hecho referencia el profesor Corral en su anterior ponencia. No de los Estados, sino de los pueblos o, si se quiere, de las naciones, aunque se expresen a través de una estructura estatal que necesariamente tendrá que haber quedado más vacía de contenido.

<sup>14</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la UNESCO*, París 2 de junio de 1980, núm. 15.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *Discurso con motivo de la celebración del V Centenario de Lutero*, 24 de marzo de 1984.

De pueblos en constante intercompetración, como se intercompentran entre sí los componentes de una misma familia. No se trata, por tanto, de superar las vidas nacionales en nombre de una vida superior común, sino, al contrario, de invitar a cada nación a tomar conciencia de su identidad y valorar el derecho que le confiere ésta a elegir libremente su destino.

En el conjunto de una visión así, la frontera estatal pierde evidentemente mucho contenido y actúa más como línea diferenciadora de pueblos que como muro de separación.

¿Cuáles son las corrientes de pensamiento que aparecen detrás de esta concepción? Así como en el principio de subsidiariedad se descubren, por una parte, el organicismo típico de la escolástica y, por otra, la concepción liberal propia de los tiempos modernos, en la idea central woytiliana de la sociedad internacional puede decirse que existe una trasposición a la vida política de la concepción organizativa de la Iglesia de los distintos pueblos que, como tales, gozan en ella de una «dignidad intrínseca». Por otra parte, se detecta también una audacia derivada de la situación concreta de la Europa del Este. Una afirmación tan tajante —opuesta a la interpretación ampliamente mayoritaria que se da de la doctrina de la ONU sobre la autodeterminación de los pueblos, como exponía en el coloquio el profesor García Villar—, sólo podía haber sido hecha bastante antes de que cayera el telón de acero, por parte de un Papa procedente de aquella zona de la geografía. Por ello hay quien afirma que en la atención a las minorías nacionales, Juan Pablo II se manifiesta distinto con respecto a la Europa del Este que a la del Oeste. Actitud que no deja de tener su explicación dado que no son las mismas las características del sistema soviético que las del sistema democrático occidental<sup>16</sup>.

#### JUAN PABLO II Y LOS TEÓRICOS ACTUALES DEL NACIONALISMO

Así como hemos hecho una comparación entre el Papa Woytila y sus predecesores en la forma de tratar esta cuestión, resulta de interés realizar otra entre Juan Pablo II y los teóricos actuales del nacionalismo. La principal diferencia radica en que para los teóricos el nacionalismo no es un concepto natural. Es algo más complejo con profundas implicaciones en el campo del poder y de los intereses. Por ello, tanto Gellner

<sup>16</sup> Una mera mención sobre esta diferencia de actitud la puso la prensa en boca del Obispo de Solsona, Monseñor Deig, quien en alguna ocasión parece haber manifestado simpatías en favor de la erección de una Conferencia Episcopal Catalana.

como Hobsbawn recalcan «el elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de las naciones»<sup>17</sup>. Para éstos y otros autores no han sido las naciones las que han construido los nacionalismos, sino que son más bien los nacionalismos los que han hecho las naciones. Se refieren evidentemente al afirmar esto a la realidad de los Estados-nación. Juan Pablo II, por el contrario, entiende la nación como una entidad social primaria, en cierto sentido también invariable. Su actitud, por ejemplo, es más semejante a la de Dante, que, a partir de la lengua, definió a la nación italiana.

Desde una concepción así del nacionalismo lleno de implicaciones artificiales, un autor como Kohn sitúa su nacimiento en la Revolución francesa: «El nacionalismo, tal como lo entendemos nosotros, no es anterior a los últimos cincuenta años del siglo XVIII. La Revolución francesa fue su primera manifestación, dando al nuevo movimiento una fuerza dinámica creciente»<sup>18</sup>.

Otros como los citados, a los que habría que añadir a Breuilly y al mismo Fukuyama, destacan el declive del nacionalismo. Hobsbawn considera que «el hecho mismo de que los historiadores al menos estén empezando a hacer algunos progresos en el estudio y el análisis de las naciones y el nacionalismo induce a pensar que, como ocurre con tanta frecuencia, el fenómeno ya ha dejado atrás su punto más alto»<sup>19</sup>.

No puede ser esa, evidentemente, la lección de Juan Pablo II después de lo expuesto aquí, en donde hemos visto que se compara a la sociedad nacional, basada en la cultura, con la sociedad familiar. Juan Pablo II no es un nacionalista, sino un expositor de la doctrina de la Iglesia que considera a la nación un grupo humano necesario para la vida del hombre, grupo al que debe reconocérsele la competencia de elegir libremente su destino.

El nacionalismo actual, más libre de artefactos artificiales y más natural que el de los dos siglos pasados, sigue muy operante en el mundo de hoy, en contra de lo que dicen algunos autores como Hobsbawn, para quien el nacionalismo ha dejado de ser «motor de la historia»<sup>20</sup>. Lo que más bien ha ocurrido es que el nacionalismo se ha vuelto más tolerante, siendo al mismo tiempo mucho más tolerado que antes. «Es muy posi-

<sup>17</sup> E. J. HOBBSAWN, o.c., p. 18.

<sup>18</sup> HANS KOHN, *Historia del nacionalismo*, F.C.E. España, Madrid 1984, p. 17. Es absolutamente necesario, antes de introducirse en la lectura de la edición castellana de este libro tener en cuenta su título en inglés que responde mucho mejor a su contenido: *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background*, The Macmillan Company, Nueva York 1944.

<sup>19</sup> E. J. HOBBSAWN, o.c., p. 197.

<sup>20</sup> E. J. HOBBSAWN, o.c., p. 195-196.

ble —ha escrito recientemente Fukuyama refiriéndose a la Europa del Este— que las pasiones nacionalistas cedan cuando las identidades nacionalistas hayan quedado establecidas con firmeza»<sup>21</sup>. En este ámbito hay que situar más bien a Juan Pablo II, quien desea el firme establecimiento de las naciones como entidades libres configuradoras de los seres humanos, a quienes dan cobijo con la rica herencia cultural que han acumulado a través de la historia.

Una contemplación del fenómeno del nacionalismo en nuestros días nos muestra el declive del nacionalismo económico. Las naciones no sólo no tienen inconveniente, sino que desean pertenecer a ámbitos económicos más amplios, renunciando incluso a su soberanía en la dirección de la producción y del comercio. También está en declive el nacionalismo militar. Basta hacer para caer en la cuenta de ello una comparación con los aspectos militares del período de Entreguerras. Cae también la obsesión típica del nacionalismo de imponer y controlar fronteras desde las que se contempla a los demás como enemigos por lo menos potenciales.

Pero lo que no sólo no ha caído, sino que se ha potenciado es el nacionalismo cultural. Se exige con mucha firmeza el respeto a las características culturales, que son las que forman los pueblos, y se pide para ellas una capacidad de decisión en consonancia con su personalidad.

Debido a esas causas, la aspiración de cierto nacionalismo de llegar a ser un Estado tradicional no parece el ideal más concorde con las corrientes profundas de nuestro tiempo. De especial interés es que los mismos partidos de la Alianza Libre Europea, reunidos bajo el árbol de Gernika, dijeran en su Manifiesto:

«Pero nuestra reivindicación de autogobierno y la exigencia de respeto a nuestra lengua y cultura no significa que deseemos establecer nuevas fronteras en Europa. Muy al contrario, apostamos firme las fronteras existentes. Fronteras que, en algunos casos, dividen mementemore por la construcción política de Europa y la superación a nuestros propios pueblos. Apostamos por una federación europea hecha de pueblos libres y solidariamente asociados»<sup>22</sup>.

Ideal que coincide fundamentalmente con el pensamiento del actual Papa de Roma.

---

<sup>21</sup> F. FUKUYAMA, *Las Naciones se disgregan, la democracia se desarrolla*: Diario ABC, Madrid 14 de febrero de 1992.

<sup>22</sup> Manifiesto de la Alianza Libre Europea en Gernika, 12 de junio de 1988.

## JUAN PABLO II Y SU ACCIÓN PRÁCTICA EN RELACIÓN CON LAS ASPIRACIONES Y EXIGENCIAS DEL NACIONALISMO

Juan Pablo II en su acción práctica se mueve dentro de las coordenadas marcadas por su doctrina. Cierto es que en los casos concretos la toma de una decisión podrá gustar o disgustar a unos o a otros cuando haya parecedes opuestos. Pero no puede dejar de percibir el observador su búsqueda de equilibrio entre lo universal y lo particular.

Con respecto a Lituania, la Santa Sede tiene en su haber no sólo el no reconocimiento de la ocupación soviética, sino el haber mantenido en la lista de las nunciaturas apostólicas la lituana. Una nunciatura que ha permanecido permanentemente en el elenco de las mismas, aunque no constase el nombre de la persona designada por imposibilidad *de facto* de ocupar su puesto.

Por lo que respecta a Ucrania y a su grupo humano fervorosamente más nacionalista, el de la Iglesia greco católica, Juan Pablo II se mantuvo firme en exigir su separación de la Iglesia ortodoxa y su reconocimiento por parte de la URSS. En manera alguna aceptó sugerencias de acuerdos intermedios como las recibidas del Patriarca Pimen. Cuando no por la acción diplomática vaticana, que no consiguió sus objetivos, sino por la presión popular dicha Iglesia renació, Juan Pablo II no dio oídos a la petición de instaurar un Patriarcado en Lvov. La opinión manifestada sobre la cuestión por el Pontífice en algunas ocasiones es que existen demasiados Patriarcados, lo que puede llegar a ser, en determinados momentos, un obstáculo para el ecumenismo. De nuevo otra vez aquí la búsqueda del equilibrio entre lo particular y lo universal.

También el Papa ha prestado una atención especial a los católicos transilvanos nombrando un Arzobispo en Alba Julia, lo que supone una valoración de su singularidad étnica. No por ello atiende sus peticiones de separarles jurisdiccionalmente de Bucarest. Los deseos de los transilvanos se fundamentan en el hecho diferencial nacional separado por la frontera estatal desde el final de la I Guerra Mundial. A ello se añade el rechazo a los católicos de Bucarest que adoptaron con respecto al régimen comunista una actitud más colaboradora. Otro ejemplo que nos muestra la búsqueda del término medio por parte de la Santa Sede, lo que a veces levanta las críticas especialmente de aquellos que desean cambios más drásticos.

Con respecto a Croacia, la actitud vaticana fue más radical, proclamando el reconocimiento internacional de su soberanía un par de días antes de que lo hicieran todos los Estados miembros de la Comunidad

Europea. Fue éste un adelantamiento que más que eficacia tuvo un carácter simbólico. Se alienaba así la Santa Sede con los trabajos de la jerarquía croata que en el clima de opresión creado por las armas del ejército serbio habían trabajado en pro del reconocimiento internacional cuando otra solución no era ya posible. Las protestas que se levantaron inmediatamente por parte de los serbios poco sentido podían tener en aquella situación ya consumada.

Polonia alberga en su territorio unas minorías de escaso volumen, que no pueden ocasionar como tales ningún problema político de importancia. Tampoco tiene con sus vecinos problemas fronterizos que enturbien las relaciones de la vida cotidiana. En un marco así la Iglesia Católica se siente más relajada a la hora de atender pastoralmente a los grupos étnicos distintos del grupo nacional mayoritario. El párroco de Punks, pequeña población de mayoría lituana en la diócesis de Elk, es el pastor con más filigrases de origen lituano en el marco de su jurisdicción. Los domingos celebra cuatro misas en lituano y dos en polaco. La jerarquía católica le ha mantenido en el mismo puesto a lo largo de muchísimos años<sup>23</sup>. Con respeto a las otras minorías (alemanes de Silesia, ucranios, bielorrusos y eslovacos), la actitud de la Iglesia polaca es la misma y podrían ponerse ejemplos parecidos de su forma de actuar. Está totalmente en consonancia con la mentalidad y las directrices de la Santa Sede<sup>24</sup>.

Checoslovaquia se enfrenta ahora al problema independentista de Eslovaquia, cuyo grado de incidencia aparecerá en las próximas elecciones de los días 5 y 6 de junio. La Iglesia se muestra muy prudente con respecto a esta cuestión. Ciertos observadores religiosos de Praga consideran que la jerarquía eslovaca está dividida con respecto a la cuestión nacional. El Cardenal Obispo de Nitra, Jan Chrysostom Korec, considerado separatista, es seguido por uno o dos obispos de los seis que tiene Eslovaquia. El Arzobispo de Trnava parece simpatizar más bien con los partidarios de un federalismo con mayores competencias que el actual, al igual que la mayoría de los obispos eslovacos. La Conferencia Episcopal se halla dividida en dos grupos nacionales que se reúnen frecuentemente por separado. La petición de crear una Confe-

---

<sup>23</sup> Datos tomados de los catálogos de la Iglesia polaca: Schinatyzm Jubilenszowy. Diecezji lomzynskiej. LOMZA (diversos años). Traducidos oralmente para mí por el profesor de Historia de la Iglesia Boleslaw S. Kumor, durante la visita que hice a la Universidad Católica de Lublin el día 15 de mayo de 1992.

<sup>24</sup> Es la opinión recibida en la conversación que tuve con los profesores de la Universidad de Varsovia Remigiusz Bierzanek (emeritus), Eizbieta Kantecka-Kalanowska y Wawrzyniec Konarski en la semana del 11 al 17 de mayo de 1992.

rencia Episcopal eslovaca no ha sido escuchada por Roma. Es ésta una situación algo parecida a la que plantean ciertos sectores religiosos de Cataluña, en España. Pero con una diferencia. Que así como en alguna parte de dichos sectores se teme el peso de los españoles que forman parte de la curia romana, en Praga se desconfía del influjo que pueda tener en Roma el Cardenal de curia eslovaco Jozef Tomko, cuyas últimas visitas a Eslovaquia han sido interpretadas en la capital del Estado como un apoyo al separatismo. Desde Roma, sin embargo, se sigue la evolución con gran cautela, máxime cuando las dos regiones federadas del Estado, Bohemia-Moravia y Eslovaquia, son ambas mayoritariamente católicas. Es lo que hace a esta situación, religiosamente hablando, distinta de la yugoslava<sup>25</sup>.

Otra muestra de prudencia y de búsqueda del término medio la ha dado la Santa Sede —aquí dentro del estricto campo eclesial— en sus relaciones con la Iglesia ortodoxa que pudieran afectar al ecumenismo. En ciertos aspectos, la Santa Sede se ha mostrado innovadora a pesar de las fuertes críticas recibidas que la acusan de crear estructuras eclesiásticas paralelas a las ortodoxas en territorios donde antes no existían. La respuesta de la Santa Sede a tales acusaciones fue clara y firme. Se trata de atender pastoralmente a los católicos que allí se encuentran: la ciudad de Moscú, Novosibirsk (Siberia) y Karaganda (Kazajstan). Pero también aquí la prudencia ha jugado un importante papel buscando lo que podríamos considerar como un término medio entre sus necesidades internas y las exigencias del ecumenismo. La estructura organizada es completamente provisional. Ni se han erigido diócesis ni se han nombrado obispos residenciales. Se han constituido únicamente administraciones apostólicas con administradores de carácter episcopal.

Dos son, pues, los rasgos dignos de gran valoración que hallamos en la Santa Sede en tiempos de Juan Pablo II con respecto a la doctrina sobre la nación. En primer lugar, la afirmación de su valor en relación con el ser humano y la exigencia del respeto que merece en la escena internacional. Aquí el Papa Woytila se ha mostrado claramente avanzado. La crítica que le hacía Marcel Merle de que su aplicación en la práctica llevaría al caos no parece que sea tan del todo cierta. Es el mismo argumento que, según decía el profesor García Vilar, se ha dado para justificar la interpretación restrictiva al derecho de autodeterminación reconocido por la ONU: la imposibilidad *de facto*. La realidad actual nos muestra que con respecto al nacionalismo van cayendo los

---

<sup>25</sup> Datos que obtuve en una conversación con los doctores Jan Havranek y Miroslav Kunstát, investigadores especialistas en cuestiones de minorías religiosas del Archiv Univerzity Karlovy de Praga el día 20 de mayo de 1992.

tabúes. La alocución televisiva de Havel la semana pasada en Praga muestra que es posible, en caso de que los ciudadanos lo decidiesen, una separación civilizada entre checos y eslovacos. Aparecería entonces un nuevo modelo completamente distinto al yugoslavo, que más bien se ha caracterizado por asemejarse más a los que se dieron en el siglo XIX o en la primera mitad del XX. En segundo lugar, el equilibrio que dicha entidad particular debe guardar en el marco de unidades mayores de carácter más universal, que, aunque limitan algunas de sus atribuciones, la enriquecen en un conjunto más plural y, por ello mismo, más rico.